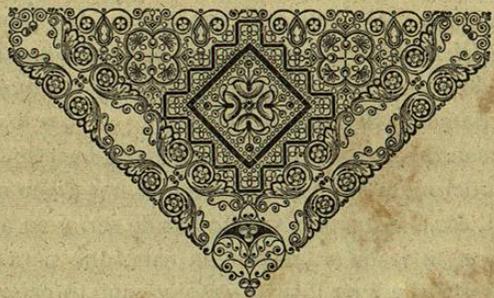


done y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.—Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y conque no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda no se imposibilita.—Sancho respondió, que sí haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pié de un olmo y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros semejantes siempre tienen piés y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.



CAPÍTULO XXIX.

De la famosa aventura del Barco encantado.

POR sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos, que puesto que el mono de Maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote:—Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita, porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arrebatan en una nu-

be, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los aires, ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: así que, ó Sancho, este barco está puesto aquí para el mesmo efecto: y esto es tan verdad, como es ahora de día, y antes que este se pase, ata juntos al rucio y á Rocinante, á la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme, si me lo pidiesen frailes descalzos.—Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza atendiendo al refran: haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced, que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria á ellos por tan longiuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos.—No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida.—Logicuos, respondió Don Quijote, quiere decir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estas tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran.—Ya están atados, replicó Sancho, ¿qué hemos de hacer ahora?—¿Qué? respondió Don Quijote: santiguarnos y levar ferro, quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado: y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera, y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar temiendo su perdicion: pero ninguna cosa le dió mas pena que el oír roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse, y dijole á su señor:—El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Ó carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote mohino y colérico le dijo:—¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazon de mantequillas? ¿Quién te persigue, ó quién te acosa, ánimo de raton casero? ¿Ó qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de



la abundancia? ¿Por dicha vas caminando á pié y descalzo por las montañas Rifeas, sino sentado en una tabla como un Archiduque por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldrémos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas ó ochocientas leguas, y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, ó yo se poco, ó ya hemos pasado, ó pasarémos presto por la línea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.—Y cuando llegemos á esa leña, que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habrémos caminado?—Mucho, replicó Don Quijote, porque de trecientos y sesenta grados que contienen el globo de la agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habrémos caminado llegando á la línea que he dicho.—Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meon ó meo, ó no sé como. Rióse Don Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y dijole:—Sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro: y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldrémos desta duda, y si no, pasado habemos.—Yo no creo nada de eso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas esperiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el Rucio en el propio lugar do los dejamos, y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga.—Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelas, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste ó terrestre, que si todas estas cosas supieras, ó parte de ellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atras y vamos

dejando ahora. Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento ácia la corva izquierda, alzó la cabeza y miró á su amo y dijo:—Ó la esperiencia es falsa, ó no hemos llegado á donde vuesa merce dice, ni con muchas leguas.—¿Pues qué, preguntó Don Quijote, has topado algo?—Y aun algos, respondió Sancho, y sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mesmo curso de la agua blando entonces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban y apenas las hubo visto Don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho:—Ves allí, ó amigo, se descubre la ciudad, castillo, ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna Reina, Infanta, ó Princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas que están en el rio, donde se muele el trigo?—Calla, Sancho, dijo Don Quijote, que aunque parecen aceñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la esperiencia en la transformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle, y como salian enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes, diciendo:—Demonios de hombres ¿donde vais? ¿Venis desesperados? ¿Qué quereis ahogarnos y hacernos pedazos en estas ruedas?—¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón Don Quijote, que habiamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y folloñes me salen al encuentro, mira cuantos vestiglos se me oponen, mira cuantas feás cataduras nos hacen cocos; pues ahora lo veréis bellacos, y puesto el pié en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles: Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que

en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado el *Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado por órden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco le detuvieron; pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con Don Quijote y con Sancho al traves en el agua; pero vínole bien á Don Quijote que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces, y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron como en peso á entrambos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y viéndole roto, acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase: el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaria el barco de bonísima gana, con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.—¿Qué personas, ó qué castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas?—Basta, dijo entre sí Don Quijote, aquí será predicar en desierto, querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna: y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas:—Amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro

caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: —A dos barcadas como estas, darémos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decia, y teniéndolos por locos les dejaron y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

